

HISTORIA DE LA CIENCIA E HISTORIA DE LA CULTURA

JOSÉ LUIS PESET *

A José Adriano de Carvalho

Las dos culturas

No puedo de ninguna manera comenzar mi intervención sobre historia de la cultura sin preguntarme sobre la validez del título que nos congrega. Hoy en día, ¿no debiera más bien hablarse de historia de las dos culturas, o incluso mejor de las dos historias de la cultura? En el siglo xx ya es imprescindible, cuando de cultura se trate, preocuparse de la dura división que entre «ciencias» y «letras» ha venido gestándose en la esfera occidental. Es evidente que cuando en 1959 Charles Percy Snow publica su decisivo libro *Las dos culturas* se hace patente ante el mundo la irremediabilidad de una vieja polémica que el siglo xx no parece que pueda resolver. Polémica que comienza a finales de la edad media y de la que podemos encontrar vestigios en autores tan diversos como Salutati o Kant, mostrando bien cómo dos formas de ver el mundo se han enfrentado de continuo no sólo en las aulas sino también, al menos en el día presente, ante el gran público. Y es evidente que este enfrentamiento se ha producido de forma más ostentosa en los momentos en que el desarrollo de la ciencia y de la técnica — autóctono o importado — se ha manifestado

* Centro de Estudios Históricos. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid — España).

de forma más estridente. Evidentemente, a fines de los cincuenta, cuando la «guerra fría» desemboca en una veloz carrera por el dominio del espacio ¹, es un buen momento para que Snow escriba sus terribles páginas acerca de la división trágica de nuestra cultura. «Los literatos en un polo, y los científicos en el otro, de éstos los más representativos son los físicos. Entre los dos grupos, un abismo de recíproca incompreensión: algunas veces (especialmente entre los jóvenes) hostilidad y desprecio, pero sobre todo, falta de comprensión. Los unos tienen una imagen extrañamente distorsionada de los otros. Las actitudes son tan diversas que no hay un terreno común, ni siquiera en lo que se refiere a las emociones (...) Los no científicos tienen una radical impresión de que los científicos están animados de un optimismo superficial y no tienen conciencia de la condición del hombre. Por la otra parte, los científicos creen que los literatos están faltos por entero de previsión y alimentan un particular desinterés por los hombres, sus hermanos: que en el fondo son antiintelectuales y se preocupan de restringir tanto el arte como el pensamiento al momento existencial» ².

Evidentemente Snow pone con acierto el dedo en las llagas de esta vieja y dura pelea fraticida. Con apoyo en el viejo mito ilustrado y positivista, el científico considera que su quehacer está llamado a salvar a la humanidad en una continua progresión de mejoras sin fin. Verdad es que en los dos últimos siglos, el hombre de ciencia se ha revestido del más rico ropaje protector — que Palas Atenea para sí envidiaría — convenciendo, no sólo a sus congéneres, sino también a los políticos y a sus lectores de que en sus manos reposa el futuro de las naciones. Su optimismo, apoyado en la utilidad de su saber, se ve confirmado por su cada vez mayor prestigio social. A cambio, una altanera actitud, basada en lenguajes y formas crípticas que sólo entre ellos son comprendidos, muestra su desprecio por el mundo literario. La rapidez del cambio científico, en comparación sobre todo con el quehacer humanístico, y su posición de punta en la evolución social, a diferencia del hombre de letras, siempre mirando al pasado, les hace afirmar que su mundo es el porvenir. La historia,

¹ Sobre las etapas de la política científica norteamericana, véase J. L. Peset y M. Sellés, «De una ciencia nacional a una ciencia sin fronteras», en *Historia 16. Siglo XX Historia Universal*, vol. 25, 1985, pp. 109-128. También R. H. Kargon (ed.), *The Maturing of American Science*, Washington, 1974.

² Cita tomada de A. Battistini, *Letteratura e Scienza*, Bolonia, 1977, p. 32.

a la que tan sólo vuelven cuando se sienten seguros³, pertenece según ellos al mundo de la no razón, al de las letras. «Si los científicos tienen en la sangre el futuro, escribe Snow, entonces la cultura tradicional responde vaticinando que para nosotros no habrá futuro».

La pelea desde luego es antigua, remontándose a las peleas entre facultades del período bajomedieval y moderno, y se apoya en muy diversas motivaciones. Tanto razones gremiales, como ideológicas, así como aspectos de utilidad social o nacional, pueden ser barajados en su explicación. Pero el campo en que se produce el enfrentamiento varía de forma importante cien años atrás. Hasta comenzado el siglo XIX, la palestra en que se dilucidaban las preeminencias era fundamentalmente el literario. Una sociedad dominada ideológicamente por la teología o la filosofía, permitía al mundo de las letras oprimir al científico. A partir de las novedades centrales de siglo, las cosas cambian por entero. Con el evolucionismo, la teoría celular y las nuevas leyes de la física, con la aplicación de la ciencia a la gran industria, es el científico ahora el que llevará la voz cantante. Será precisamente Thomas Huxley quien exponga la necesidad de cambiar por entero la enseñanza clásica, vertida hacia el humanismo, por la nueva apoyada en la ciencia. A partir de entonces, el hombre de letras lleva las de perder y se refugia en estridentes gritos en contra o a favor de la ciencia, en los brillantes decadentismos y modernismos. Una gran diferencia de talentos, fundamentalmente pesimistas para unos y optimistas para otros, será una total barrera entre las dos formas de enfrentarse con la realidad. Sólo tras la explosión en Japón de las dos primeras bombas atómicas, empieza también entre los científicos una visión crítica, pesimista a veces, de su saber y sobre todo de su hacer.

Combates por la historia

En este tan polémico terreno, también la historia de la ciencia tiene algo que decir. Esta disciplina es una de las más preocupadas por estar en los frentes de estos nuevos «combates por la historia». Así nace la historia contemporánea de la ciencia con ese mismo afán

³ En todas las escuelas técnicas se produce, tras un primer rechazo del humanismo, una vuelta a él porque se le considera importante para el conocimiento y manejo del entorno social, véase D. F. Noble, *America by Design* Oxford, 1979.

reivindicativo que el saber que la ocupa como su objeto de estudio. Precisamente en 1956, por los mismos años que Snow escribía, afirmaba George Sarton lo siguiente: «Si tenemos en cuenta que la adquisición y sistematización del conocimiento positivo es la única actividad humana verdaderamente acumulable y progresiva, comprenderemos en seguida la importancia de esos estudios. El que quiera explicar el progreso de la humanidad, tendrá que centrar su explicación en ese quehacer, y la historia de la ciencia, en este sentido amplio, se convierte en piedra angular de todas las investigaciones históricas»⁴. La historia se convierte así en la imprescindible aliada de la nueva «cultura científica», pues aporta un nuevo punto de vista. Si el estudio se hace no por teoría sino para una industria o profesión, la historia de la ciencia sirve para dar una distinta perspectiva a la enseñanza de la ciencia y para trabajos relacionados con ella, bibliotecas, editoriales, museos, administradores y otros agentes de la racionalización científica. Se enraíza por tanto de forma profunda la historia, según estas palabras de Sarton, con el quehacer del científico, al que respalda y del que vive. En él tiene su público, su demanda y su oferta, y forma parte el historiador del mundo gerencial que rodea a la poderosa ciencia contemporánea. Está claro que el historiador de la ciencia, en especial ahora que su público se agranda, porque de nuevo estamos en un momento de amplia y rápida introducción de ciencia y técnica, vive en el «medio de negocios» que ésta comporta. Apoya ese papel preponderante de la ciencia, hace su propaganda y participa de sus ganancias, sean procedentes del público, sean procedentes de las industrias.

Pero su papel no es unívoco, pues juega varios según el lector al que se dirige. El mismo Sarton no admite sólo que la historia de la ciencia vaya al investigador, pues reconoce que otros muchos personajes pueden estar interesados. «Hay evidentemente muchos motivos teóricos para estudiar la historia de la ciencia. El científico los tiene para iluminar sus tareas y disfrutar más con ellas; el filósofo, para relacionar la ciencia con la filosofía y explicar algunas variaciones de esta última; el psicólogo para explorar las peculiaridades y posibilidades de la mente humana; el sociólogo, para entender mejor las muchas relaciones que hay entre los científicos y los grupos sociales a que pertenecen»⁵. Por tanto, siguiendo con Sarton podemos afirmar

⁴ G. Sarton, «Historia de la Ciencia» (1956), en *Ensayos de Historia de la Ciencia*, México, 1968, pp. 1-14, cita en 1.

⁵ G. Sarton, «Historia de la Ciencia», p. 13.

que siendo muchos los motivos por los que se acude a la historia de la ciencia, también serán muchas las formas que el historiador de ésta tenga de encarar su tarea. No admite este autor la univocidad de esta investigación, sino que reconoce la diferencia de papeles jugados según el público al que se dirija. «En historia de la ciencia, que es un campo de infinita complejidad y de anchura increíble, cometería una necedad quien dijera: 'He aquí la forma de estudiarla o de enseñarla, y no hay otra'. Hay muchas formas, muchos puntos de vista, cada uno de los cuales es aceptable y útil, y ninguno de ellos excluye a los otros. Algunos de esos puntos de vista se han indicado ya. Está el del historiador que desea comprender lo más plenamente posible la cultura de una nación o de una época; el del especialista que quisiera explorar el origen y el desarrollo de su propio campo de estudio; el del hombre de letras que quiere incluir la ciencia en sus investigaciones, o bien porque los grandes científicos son, pueden o deben ser autores distinguidos, o bien porque ningún escritor está exento de la obligación de adquirir una especie u otra de fundamentos científicos; el punto de vista del filósofo, cuya preocupación más constante es demostrar las complejas relaciones existentes entre la ciencia y la filosofía, y cuanto influya una en la otra»⁶. Esta tan larga, pero sin duda tan clara e interesante declaración, puede resumirse en otra que tuvo la fortuna de escuchar hace años a René Taton. Afirmó en una intervención oral en el I Congreso celebrado en Madrid por la Sociedad Española de Historia de las Ciencias que cada público al que se había dirigido había querido una distinta historia de la ciencia. Los científicos, los historiadores y los filósofos reclaman del historiador de la ciencia un enfoque, un punto de vista, para usar la terminología de Sarton, distinto.

En efecto, hay al menos tres formas de encarar la historia de la ciencia: la epistemológica, la contextualizadora y la crítica. Por una parte, es posible la orientación del historiador que se pregunta por los mecanismos lógicos por los que ha trascurrido el progreso del saber o de los saberes que analiza. Es un terreno muy cercano a la filosofía de la ciencia y al modo de historiar que en historia de la ciencia se denomina «internalismo». Aislándola de su contexto temporal y geográfico y generalmente suponiendo a la ciencia un camino único, rectilíneo y progresivo, se van concatenando los descubrimientos y los métodos, uniéndolos al pensamiento y a la

⁶ G. Sarton, «Historia de la Ciencia», p. 11; todavía reconoce otros tres puntos de vista para su estudios, el psicológico, el sociológico y el lógico.

filosofía de la época, para así mostrar al lector o al oyente los secretos íntimos de su profesión. Es un terreno útil sin duda alguna para el estudiante de ciencias, pues puede conocer el apoyo metodológico y epistemológico que su saber ha tenido y tiene en el momento en que cursa sus estudios. Tal sentido tendría por ejemplo una reflexión histórica sobre el papel del experimento en ciencia a lo largo de los siglos, bien sea en una disciplina concreta, bien en el conjunto de aquéllas que lo han utilizado a lo largo del tiempo.

Por otro lado, también preocupa al historiador cuál ha sido la evolución de su saber según en que lugar o en que época sea analizado. Es evidente que la ciencia no tiene tan sólo un contenido metodológico interno, sino que también hay factores más o menos externos a ella que la estimulan, dirigen o bloquean. Si la orientación anterior solía conducir hacia un camino unilíneo y eurocentrista, la «externalista» debía permitir una mayor oportunidad a ramas colaterales, sea en el tiempo o en la historia. Me refiero a la posibilidad de reconocimiento de líneas divergentes en el camino de la ciencia y de la diferencia entre países en su contribución a ella. También permitiría el reconocimiento de formas científicas distintas a la que nació en la Europa clásica y que han permanecido hasta nuestros días en zonas periféricas, sea geográfica, económica o socialmente hablando. Este tipo de historia puede permitir más oportunidad de expresión a saberes tales como los chinos que han demostrado una línea distinta, pero sin duda válida, de desarrollo con respecto a la occidental. Por desgracia, esta orientación casi siempre se dirige hacia cauces nacionalistas, estando más preocupada por la defensa de la ciencia propia que por el reconocimiento o aceptación de la ajena. Este tipo de historiador no hace sino reconocer los mismos pasos que el historiador de la ciencia universal encuentra, pero dentro de los estrechos muros nacionales.

Esta más frecuente utilización de la segunda vía, nos orienta ya hacia la tercera, la crítica. El historiador, como el poeta, tiene sus objetivos que atacar o que defender. Recordemos aquellos versos, entre admirativos y envidiosos con que Virgilio narra la llegada de Eneas a Cartago, la ciudad de la reina Dido. Allí ve los baluartes contruídos para la defensa de la ciudad y proclama su entusiasmo ante tan poderosas protecciones. «Dichoso el pueblo que tiene sus murallas contruídas», afirmará ante la sólida enemiga de Roma. Pues bien, los historiadores de la ciencia, al ejercer esta tercera misión, suelen ser constructores de murallas que potencian y refuerzan el poderío que la ciencia tiene en el mundo occidental desde siglos atrás. Es preciso afirmar — y repetirlo una y otra vez — que somos los bardos

de los grandes cuerpos profesionales, rara vez trovadores, casi siempre bufones, casi nunca tábanos de tan pesada caballería.

Y, sin embargo, esta función crítica debía ser doble, tanto positiva como negativa. Si el historiador de la ciencia casi siempre alaba de forma desmesurada su objeto estudiado, es preciso que se conciente de que muchas veces también su actitud debe ser negativa, pues resulta claro que no siempre ni en todo lugar la ciencia ha jugado el mejor papel posible. Actitudes como la de los defensores a ultranza de la «ciencia española», protagonistas de las largas peleas que este tema ha arrastrado en España, no son ni objetivas ni convenientes. El papel negativo jugado por Marcelino Menéndez y Pelayo es buena muestra de a qué me refiero. Creo que en este momento en España, y sin duda también en todo el mundo occidental, se está viviendo una nueva polémica, la tercera de la ciencia española por tanto. Una nueva actitud violenta por parte de los dos colosos mundiales se traduce en un veloz desarrollo de la promoción de la ciencia, en especial en sus aspectos de más rápida y peligrosa aplicación. Por ello en todos nuestros países se produce un rápido desarrollo de la historia y de la filosofía de la ciencia, en especial en sus aspectos más panegiristas, que mueve a la opinión pública a ver con encandilamiento cualquier novedad — o seudonovedad — científica aparecer en sus tierras. Por ello en países como España, en que casi las únicas disciplinas cultivadas eran las aplicadas a los grandes cuerpos profesionales tradicionales — medicina, derecho o farmacia — está apareciendo ahora la nueva historia de la ciencia, paralelamente a una violenta y costosa importación de ciencia y, sobre todo, de técnica. Unas veces proceden estos historiadores del campo de la medicina, travestiéndose de forma rápida, otras aparecen de nuevo, en especial en aquellas disciplinas hoy de punta, como pueden ser la física o la biología ⁷.

La polémica española

Como ejemplo de estos papeles jugados por la historia de la ciencia tomaré un ejemplo, el español, por serme mucho más cercano que otros. Me remontaré a comienzos del siglo XVIII, cuando empieza

⁷ Sobre los problemas de institucionalización de la ciencia española, véase E. Muñoz y F. Ornia, *Ciencia y Tecnología: una oportunidad para España*, edición e introducción de José Luis Peset, Madrid, 1986, pp. 15-33.

la renovación científica española y, con ella, el comienzo de la disciplina a que me estoy refiriendo. Veremos, o al menos intentaré mostrar, cómo ha jugado todos estos papeles a medida que las nuevas ciencias iban penetrando en la península. Una serie de novedades impulsaron a los poderes públicos a interesarse en la nueva ciencia y, sobre todo, también en la nueva técnica. El deseado desarrollo de la población, el anhelado comercio con América, las batallas para defender los Pactos de Familia y el equilibrio europeo... muchas fueron las causas, pero el efecto que nos interesa consistió en un profundo cambio en las instituciones y en la forma de encarar el saber en nuestra sociedad. Viejas momias caducas, como eran nuestras universidades, no fueron capaces de ponerse al día por ellas mismas y fueron precisas vías laterales de penetración del saber. La universidad, aparentemente dotada de amplia autonomía, estaba en realidad condicionada y dominada por dos fuertes poderes del Antiguo Régimen, los colegiales y las órdenes. En realidad representaban a la gran burocracia de los Austrias y a la iglesia heredada, por lo que no hacían sino relacionar la universidad con la sociedad a la que pertenecía.

Fue preciso, por una parte, una política de creación de nuevas instituciones, como podían ser las academias militares, los colegios de cirugía, las distintas sociedades y la gran novedad para España que el Jardín botánico y el Gabinete de historia natural supusieron. Por otro lado, una vigorosa reforma universitaria arrancó de su seno las profundas raíces que colegiales y regulares habían conseguido echar y la pusieron a merced de las disposiciones reales y ministeriales. Pues bien, a través de esas instituciones penetrarán los nuevos saberes y con ellos aparecerá su propio pasado, el interés por la historia de la ciencia. Tres etapas pueden describirse en esta penetración, que aproximadamente corresponden a cada uno de los tercios del siglo, pues en cada uno de ellos la ciencia y sus estudiosos seguirán modelos distintos de actitud y comportamiento.

El primer tercio, tras los preámbulos que en el anterior siglo supusieron las tareas de acarreo de Nicolás Antonio y León Pinelo ⁸, está presidido por duras peleas. De la misma manera que los «novatores» lucharon de forma ardiente por la introducción de la nueva ciencia, los historiadores se vieron también abocados a duros combates. Estos enfrentamientos encaraban de forma prioritaria dos problemas

⁸ Véase la Edición y Estudio introductorio hecho por Horacio Capel de la obra de León Pinelo, *Epitome de la Bibliotheca...*, 2 vol., Barcelona, 1982.

claves. Por un lado, el nacionalismo-extranjerismo de la ciencia, por otro la duda entre antiguos y modernos. La polémica de Feijoo con los detractores de la ciencia moderna tuvo estas características, pues se debió de enfrentar tanto con quienes renegaban de los nuevos saberes, como con quienes le acusaban de extranjerismo por su afición a ellos. Un sentido muy semejante tiene el enfrentamiento entre el padre Isla y Peñaflores, mientras que la polémica entre Quer y Linneo posee más bien una tónica de defensa de la ciencia nacional. Estos primeros historiadores, más bien polemistas que arduos estudiosos, se centran en los siguientes papeles: a) demostración del papel que la ciencia moderna juega y su revalidación frente a los saberes antiguos, y b) defensa de la nación española, y de la dinastía que ahora la gobernaba, como heredera de importantes saberes o como aventajada discípula de los futuros. Un ejemplo concreto, tomado de la respuesta del botánico José Quer a Linneo, que había dudado de la calidad de nuestra historia natural, puede muy bien mostrar el tono de las polémicas que en la época se vivían. Afirma el naturalista que su objetivo es «... hacer presente al dicho Linneo, y a todo el Orbe Literario, lo que éste debe a cinco ingenios de nuestra España. Estos han sido famosos Colonos de cinco Fenómenos de Medicina, sobre los cuales todas las Escuelas de Europa han alcoholizado sus entendimientos, quienes se han apropiado la gloria de célebres inventores, siendo así que se puede llamar usurpadores de ajenos pensamientos»⁹.

La segunda etapa supone una más profunda reflexión sobre lo que la ciencia y sus profesionales podían significar. Coincide además con cambios universitarios importantes, en que se abandona el estudio por medio de los clásicos y se comienza a utilizar el «libro de texto», compendio que ponía al día de forma completa y metódica una disciplina. Ello hace que el clásico devenga en historia y por ello un amplio campo de estudio se abría para los hacedores de la nueva disciplina que se inauguraba. Así vemos a Andrés Piquer escribir su *Medicina vetus et nova*, que comienza con una amplia recapitulación del pasado saber para uso de los estudiantes médicos. O bien se preocupará de editar a Hipócrates o de recapitular los

⁹ J. Quer, «Discurso analytico sobre los metodos botánicos», en la *Flora Española*, vol. 1, p. 369, citado por J. L. Peset y A. Lafuente en «Ciencia e historia de la ciencia en la España ilustrada». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. 178, 1981, pp. 267-300, en p. 275. Ver la reproducción del discurso en R. Pascual, *El botánico José Quer (1695-1764), primer apologeta de la ciencia española*, Valencia, 1970.

principales sistemas de la física moderna, en otros de sus libros, replanteándose el papel que los autores o los textos antiguos tienen en una forma moderna de enseñanza. También comienza un género nuevo, el elogio académico, en cierto sentido heredero de las «vidas de santos», en que el autor muestra los difíciles trances por los que el científico ha pasado en la realización de su tarea. Inspirados en los que pronunciara Fontenelle en la Academia de París, sirvieron para apoyar a los nuevos sabios y a las instituciones en que realizaban sus tareas. En fin, en esta segunda etapa — y sin olvidar que es el momento de planteamiento de la gran polémica con Masson — podemos resumir en dos las principales funciones que la historia de la ciencia aquí jugó: a) recapitulación crítica sobre la historia y el presente de cada una de las disciplinas, y b) valoración del papel del científico y de las nuevas instituciones en el desarrollo cultural e intelectual del país.

Por fin, en la tercera etapa se abren nuevas perspectivas. Por un lado, a imitación de la «historia filosófica» de cuño francés, algunos autores tales como el abate Juan Andrés se preocupan por una intelección teórica de la historia de los saberes. Estos deben ser interpretados y concatenados en su evolución que, coincidiendo también con el pensar cristiano, llevará hacia una constante progresión futura. Por otro lado, en manos de Fernández Navarrete se inicia la futura historia burguesa, con importantes cambios que predicen el porvenir. No sólo se reconoce ya esa progresión indefinida y siempre perfectible de la ciencia, sino que se reconoce, admite y estudia su aspecto práctico y utilitario. Se convierte ahora la burguesía en el motor que mueve el desarrollo social y económico. Este autor es sensible al papel utilitario y práctico jugado por la ciencia moderna y la ayuda que para los nuevos propietarios y comerciantes suponía. Con muy potente aliento entra en la historiografía de manos de este ilustre marino el papel del contexto económico-social y la importancia de la técnica en el cambio histórico. Justificará el nacionalismo y el futuro cambio liberal que se alinea con el cientifismo que presidirá las futuras etapas. Tales son pues las dos nuevas misiones que la historia de la ciencia juega entre nosotros, es decir: a) interpretación teórica como progresión ilimitada del cambio científico-cultural, y b) introducción del contexto y del nuevo motor liberal en el seno de la historiografía del cambio de siglo.

Por tanto, esos tres papeles que vimos que el historiador debe jugar son en efecto desempeñados. El historiador de la ciencia interpreta, contextualiza y critica, pues ninguna de esas misiones le es ajena. Sin embargo, muchas veces tiene problemas para desempeñarlos. Quizá por

esa rápida evolución, quizá por su presencia continua en los frentes de combate por la historia, el historiador de la ciencia pierde muchas veces su capacidad para desempeñar esas tres misiones. La causa creo yo que radica en su dificultad en separarse de su objeto de estudio, con el que se identifica en exceso, tal como ocurría a aquellos escritores píos encargados de loar a algún ilustre y santificable predecesor. Por ello, el historiador debe procurar no ser un engranaje más de todo el complejo aparato montado en torno a la producción —y, sobre todo, importación— de ciencia y de técnica. Debe poder separarse y saber que la ciencia sólo lo es tal cuando se encamina a la mejora del hombre sobre la tierra, teniendo pues éste como sujeto del conocimiento mucho que decir. Por ello, para poder decir algo sobre la ciencia, es decir sobre el estudio y empleo de las cosas, es preciso conocer tanto o más sobre el hombre que va a disfrutarlas o sufrirlas. En bellas palabras, que me servirán de colofón, expresa Bertolt Brecht mejor que yo a qué me refiero, cuando escribe: «Cuántas más cosas arrancamos a la naturaleza gracias a la organización del trabajo, a los grandes descubrimientos e inventos, más creemos, diría yo, en la inseguridad de la existencia. Parece que no somos nosotros quienes dominamos las cosas, sino las cosas las que nos dominan. Ahora bien, esta apariencia subsiste porque algunos hombres, a través de las cosas, dominan a los restantes hombres (...) Si queremos aprovecharnos en tanto que hombres de nuestro conocimiento de la naturaleza, hay que añadir a nuestro conocimiento de la naturaleza, el conocimiento de la sociedad humana...»¹⁰. Aportando lo posible a estos saberes, el historiador conseguirá tal vez mejorar en los científicos «la conciencia de la condición del hombre» tan necesaria para que tal vez dentro de una década, en el próximo siglo, se pueda de nueva reunir tan divorciada pareja como hoy lo son las letras y las ciencias y reunirnos — o permitir que algunos entonces se reúnan — para hablar de «historia de la cultura».

¹⁰ Texto citado por J. M. Lévy-Leblond, *La ideología de/en la física contemporánea*, Barcelona, 1975, p. 26 y tomado de *L'achat du cuivre*, París, 1970, p. 53.